



DON JOSÉ MARIA MERCADO.

La biografía del famoso Párroco de Ahualulco sirve mejor que ninguna otra para demostrar lo arraigada que entre los criollos estaba la idea de independencia y lo fácil que hubiera sido realizarla en 1810 si los conspiradores de Querétaro hubieran tenido tiempo de madurar sus planes, y sobre todo si emplean otros procedimientos que los que usaron, ó al menos hubieran tenido la resolución de llevar al último extremo los procedimientos que habían empleado hasta entonces.

Don José María Mercado, hijo de Don José Mercado, nació en el pueblo del Teul, de la provincia de Zacatecas, colindante de Colotlán; estudió las primeras letras y notando su padre que era de inteligencia despejada y afecto á instruirse, lo envió al Seminario de Guadalajara, donde se dedicó á los estudios eclesiásticos, que hizo con lucimiento, ordenándose á la terminación de aquéllos. Como una muestra del aprecio que de él hacia el Obispo Ruiz de Cabañas, lo nombró Profesor del Colegio clerical recién establecido, y posteriormente Párroco de Ahualulco, puesto en el que lo encontró la revolución de 1810. Aunque ella lo interesó profundamente, como interesó á todos los mexicanos y tuvo sus simpatías, no dió muestras de quererla secundar, temeroso seguramente de sufrir un desastre, ya que la provincia de Nueva Galicia permanecía en paz, pero cuando la situación cambió con

la aparición de diversas partidas insurgentes y sobre todo, con la ocupación de Guadalajara por las fuerzas de José Antonio Torres, no vaciló en dar á conocer sus sentimientos y en tomar parte activa en la guerra de Independencia.

“Mucho llamó la atención, dice Alamán, el que Mercado tomase parte en la revolución, porque gozaba de mucha reputación de virtud, y era director de los ejercicios espirituales en Guadalajara, cuando en lo general, los eclesiásticos que se alistaban bajo las banderas de la insurrección, solían ser los más corrompidos del lugar.” Las numerosas excepciones de esa regla que podríamos citar, le quitan el carácter de general que le da ese historiador. En unión del Subdelegado Don Juan José Zea, se pronunció Mercado en Ahualulco al saber la ocupación de Guadalajara, é inmediatamente se dirigió á esa ciudad para ponerse á las órdenes de Torres y obtener de él, como lo consiguió, autorización para perseguir á los europeos que iban de huida á refugiarse en el puerto de San Blas y para propagar la revolución en las regiones de Tepic y Nayarit, que conocía muy bien. Torres ninguna dificultad puso al Párroco, sino que por el contrario, se apresuró á darle todas las facultades que pedía, y con ellas el Cura Mercado se puso en camino, formando su ejército sobre la marcha; ocupó sin resistencia la población de Tepic, y aumentado su poco organizado ejército con la Compañía veterana allí residente, ya consideró cosa fácil apoderarse del puerto de San Blas, importante entonces por ser el apostadero del Pacífico y tener el arsenal de ese mar, lo que le daba gran tráfico.

En la plaza había, según el informe de Don Vicente Garro, trescientos marinos, doscientos hombres de la maestranza y trescientos europeos refugiados, armados, dispuestos á defenderse, cuarenta cañones montados y sesenta y tantos sin montar, agua, abundantes municiones y provisiones, seis buques de diverso tonelaje, y algunos armados; en fin, todos los elementos necesarios no sólo para hacer una defensa pro-

longada y fructuosa, sino aun para intentar una salida y derrotar al enemigo obligándolo á levantar el sitio; pero había también, y esto no lo dice Garro, un pánico tremendo causado por las noticias abultadas del éxito que tenía la insurrección, á la cual ya se le creía dueña del Virreinato todo, pues los fugitivos de Guadalajara, que sabían la victoria de las Cruces, ignoraban la derrota de Aculco; había un miedo atroz llevado allí por el Obispo, por el oidor Recacho y por todos los europeos que habían huido de la capital de la provincia, y ese miedo y ese pánico eran más poderosos que los cañones, las municiones y los buques. Contando con él y con la fe inquebrantable que Mercado tenía en su causa, intimó rendición al Comandante del puerto en 26 de Noviembre; en ella llamó Doctor y Virrey á Hidalgo; ofreció garantías á los europeos si se rendían, y consecuente con lo que creía y con lo que poco faltó para que fuera la realidad, hablaba de que estaba "la Nación toda levantada en masa desde el Oriente hasta el Poniente," y peleaba "contra unos pocos hombres encerrados en un rincón de este vasto país." La segunda intimación, hecha dos días después, es un modelo de fanfarronería, y sin embargo, dió el resultado apetecido.

Don José de Lavayen, Comandante del Apostadero, que ignoraba el número de hombres que tenía el Cura, y que sólo sabía, por lo que los fugitivos de Guadalajara le habían relatado, que á los grandes ejércitos insurgentes nada podía resistirles, que derrotaban á los realistas y que ocupaban á sangre y fuego las ciudades, aun cuando estuviesen defendidas, como Guajuato, Valladolid y Guadalajara, y que probablemente á esas horas eran dueños ya de México, creyó, como muchos, que la última hora de la dominación española en México había sonado ya, y juzgó una locura oponerse á lo que juzgaba inevitable; desde su primera comunicación á Mercado se trasluce su intención de capitular, pero antes quiso enviar á un oficial para tratar los pormenores de la rendición Don Agustín Bo-

calán, el comisionado realista, ni discutió siquiera, sino que firmó las bases que le propuso Mercado y que fueron aceptadas por la Junta de Guerra y por Lavayen, con excepción de la referente á la retención de los europeos que fuesen delincuentes; Mercado concedió todo lo que se le pedía y únicamente pidió rehenes.

El primero de Diciembre de 1811, ocupaba el Cura de Ahualulco el puerto de San Blas, sin haber tenido necesidad, en toda su campaña, de disparar un solo tiro, y se había hecho de un Cantón vastísimo, de un puerto muy importante, de un arsenal bien provisto y que como se vió después, fué un gran recurso para la revolución, pues sin los cañones de él no se dá la batalla de Calderón. Los oidores Recacho y Alva, que eran un par de cobardones, fueron los que más influyeron en la rendición, sugestionando á Lavayen, que sin ellos habría cumplido con sus deberes de militar y habría oído á Plowes, Madrazo y García, que eran de opinión que la plaza se sostuviese. El Obispo, los oidores y los europeos, que sabían que la plaza se rendía, embarcaron sus equipajes y personas en el bergantín "San Carlos" y en otros, dirigiéndose á Acapulco; la ocupación se hizo con toda tranquilidad, á pesar de haberse insurreccionado los habitantes del puerto y de las inmediaciones, por instigación del Teniente de Justicia Don Pasillio Domínguez.

Inmediatamente Mercado, que ya tenía el nombramiento de Comandante en jefe de las fuerzas del Poniente, expedido por Hidalgo, se dedicó á aprovecharse de los recursos que tenía el arsenal, y pocos días después se hizo dueño de la fragata "Princesa," que fondeó en el puerto, ignorante de lo ocurrido en él. La hazaña de Mercado sólo es comparable á la de Torres conquistando la Nueva Galicia, pues si bien Tepic no tenía la importancia de aquel Reino, el material de guerra adquirido valía en aquellos momentos todo ese Reino, y si á ello se agrega que la conquista no costó ni un solo tiro, se convendrá sin dificultad en que resultó superior. El genio organiza-

dor y previsor del caudillo se revela en los documentos referentes á él, que se han publicado: de Tepic remitió los cañones que llevaba, á Guadalajara, y de San Blas los que capturó en Tepic; á los ocho días de haberse hecho dueño del puerto, ya había despachado treinta y tantos cañones de grueso calibre bajo la dirección de Don Rafael Maldonado.

“Sólo quien conozca el camino de San Blas á Guadalajara, dice el señor Pérez Verdía, podrá comprender los heroicos esfuerzos que para eso se hicieron, pues además de la aspereza del camino, hay que atravesar las profundas é intransitables barrancas de Mochitiltic. Los cañones los mandaba en carretas, conducidos por los indios que en considerable número y guiados por el patriota Don Rafael Maldonado, allanaron obstáculos tan considerables puestos por la naturaleza.” Cruz, que dos meses después llevaba cuatro pequeños para batir San Blas, decía que esa tarea era superior á muchas batallas. El número total de bocas de fuego enviadas fué de cuarenta y siete y las cuatro últimas fueron desbarrancadas al saberse la derrota de Calderón.

A los europeos que había en San Blas procuró retenerlos allí Mercado, y en cuanto á los rehenes, fueron enviados á Ixtlán; otros fueron llevados á Compostela, y la mayoría de ellos fueron degollados en el Cuisillo por Zea, de orden de Hidalgo. Además de que el Comandante del Poniente atendía á la administración del Distrito, tenía el proyecto de utilizar la fragata “Princesa,” y los pocos buques servibles de que disponía, en organizar una expedición sobre Acapulco, ya que juzgaba á Mazatlán en poder de González Hermosillo.

Para esta expedición y para recibir órdenes de Hidalgo, salió de San Blas rumbo á Guadalajara, pero en el camino supo el resultado de la batalla de Calderón, comunicada por los Alcaldes del pueblo de Ahualulco el 25 de Enero; desistió de seguir su camino y regresó á Tepic con intención de defenderse, pues comprendía que una vez Guadalajara en poder de los realistas, pon-

drían todo empeño en recuperar á San Blas. Dió orden á Zea de que en la barranca de Taray hiciese resistencia á los realistas hasta donde pudiese y él se situó en "Salates de la Cruz," inmediato á la población, en la que Mercado no quiso permanecer, dirigiéndose después á San Blas.

Cruz salió de Guadalajara llevando mil hombres y cuatro piezas de artillería que al fin dejó en el camino; batió fácilmente á Zea en Taray el día 31, quitándole ocho cañones, y continuó para Tepic, á donde llegó el 8 de Febrero cuando ya estaba hecha la contra-revolución y había muerto el Cura Mercado. Con la misma facilidad con que se pronunciaban entonces se despronunciaban provincias enteras, y de aquí que en momentos cambiase el aspecto de los negocios públicos.

Durante la ausencia de Mercado de San Blas, el Cura de la población, Don Nicolás Santos Verdín, influenciado por los europeos, ó sabedor acaso de las derrotas de Aculco y Calderón, trató de hacer la contra-revolución, á cuyo efecto procuró atraerse la gente de la marinería y de la Maestranza, lo que no le costó mucho trabajo, y con ella se propuso aprehender al jefe insurgente y á sus segundos. La noche del 31 de Enero se realizó el plan, y mientras una parte de los comprometidos se apoderaba del cuartel donde estaban alojados los indios fieles al Cura Mercado, que no tuvieron tiempo de oponer resistencia, la otra se dirigió á la Contaduría, donde aquél se encontraba en unión de varios jefes; uno de éstos, llamado Don Joaquín Romero, que tenía el carácter de Comandante de San Blas, que ya tenía noticia de lo que pasaba, así como el Capitán de artillería, Don Esteban Matemala, resolvieron defenderse; el centinela dió la señal y empezó un tiroteo por las ventanas, en el que murieron dos de los asaltantes y tres quedaron heridos; Romero, Matemala y el centinela, al fin fueron muertos.

El Cura Mercado al escuchar el tiroteo trató de ponerse en salvo por la parte posterior de la casa, pero no se acordó tal vez